

Arquitectura y arqueología

Por Laurette SÉJOURNÉ y Graciela SALICRUP

Conscientemente o no, todos reconocen que el arte del México antiguo constituye el elocuente testimonio de una fe profunda; ya que un mínimo de familiaridad con él lleva a intuir que, lejos de ser expresiones individuales y profanas, sus obras están íntimamente ligadas por un impulso surgido de una fuente común.

De ahí que la tarea esencial del arqueólogo —la única susceptible de redimir a sus conocimientos materiales del pedantismo estéril— sea descubrir y comprender esa fuente generadora de tan altas creaciones.

A pesar de la existencia de numerosos documentos relativos a la religión —los magníficos trabajos de etnología y de historia de varios contemporáneos de la Conquista así como una gran diversidad de libros pintados— una firme voluntad de entender lleva irremediablemente a la certidumbre que sólo una confrontación paciente y rigurosa con los restos arqueológicos permitirá, quizás, un día, vencer los malentendidos y las falsas verdades que, desde la Colonia, guardan tenazmente oculta la realidad prehispánica.

Entre los datos concretos susceptibles de esclarecer el aporte de los cronistas y de los códices, los que aporta la arquitectura están en primer término, porque, dado el poder de síntesis que la caracteriza, el estudio de sus vestigios debería como ninguno, poder restituir una significación a los elementos que el arqueólogo encuentra separados de su contexto, perdidos en el caos de la multiplicidad y de la fragmentación.

Los problemas comienzan al comprobar la extrema escasez de monumentos instructivos, ya que, para que un edificio hable, no es suficiente que presente un mínimo de integridad estructural, sino que se beneficie, además, de una situación algo precisa en el conjunto, a la vez, de la Ciudad y de los textos que se refieren a ella.

Ahora bien, sabemos, de una parte, que las descripciones existentes atañen casi todas a la cultura náhuatl de la altiplanicie, cuyas manifestaciones fueron escrupulosamente aniquiladas y de otra parte, que los templos todavía en pie —los mayas, por ejemplo— se elevan en un vacío histórico.

Como lo hemos tantas veces ya afirmado, sólo el descubrimiento de la similitud que existe entre los rasgos culturales en vigencia en el momento de la Conquista y los de Teotihuacán —descubrimiento que más de diez años de una intensa labor personal de exploraciones han confirmado más allá de toda esperanza— permite hoy día salvar un obstáculo, antaño infranqueable.

La finalidad de este trabajo es poner a prueba, una vez más, ese puente echado sobre los siglos que separan a Tenochtitlán de la antigua Ciudad de los Dioses, por medio de la confrontación de lo poco que conocemos de su arquitectura respectiva.

LA CIUDAD

Un hecho se impone de inmediato: las dos metrópolis se particularizan no sólo por una grandiosidad fastuosa que certifican, los españoles de un lado y la arqueología de otro, sino también por la circunstancia que son las únicas verdaderas ciudades de Mesoamérica.

Porque es de observar que, fuera de esas dos cimas de la arquitectura, de la planificación y de la urbanización, las demás zonas arqueológicas no restituyen más que vestigios de centros de un carácter siempre ceremonial, aunque acuse, como en la fase tolteca-chichimeca, costumbres guerreras. En efecto, se trata invariablemente de conjuntos de santuarios en los que, dada la escasez de habitaciones, no podía vivir más que muy poca gente —sin duda la indispensable para asegurar el culto—, los que, a la manera de las catedrales y de los monasterios del medioevo, debían limitarse a acoger temporalmente a las poblaciones rurales.

Dejando por el momento de lado el análisis del fenómeno que es, quizás, el más rico en contenido social —es decir, el paso de la organización urbana que reclama una metrópoli como Teotihuacán, con su insaciable necesidad de objetos manufacturados, a la dispersión de la gente por los campos durante los siglos guerreros, hasta que Tenochtitlán asumiera de nuevo el papel de gran consumidor de otros productos que los

alimenticios—, limitémonos a observar que, cuando queremos establecer un paralelo arqueológico con la ciudad que deslumbrara a los conquistadores, no nos queda más remedio, así sea por simple exclusión, que referirnos a Teotihuacán.

Queda ahora por descubrir si el paralelo que imponen las dos capitales por su misma naturaleza, se prolonga en manifestaciones más personales, tales como, por ejemplo, la construcción y la distribución de los templos; su lugar en la comunidad o las diversas formas de vida a las que respondían.

Para alcanzar este fin, tenemos, de una parte, las descripciones a menudo detalladas, pero desesperantemente fragmentarias a causa de lo extraño de un mundo que dejó de existir apenas entrevisto y que Cortés y Bernal Díaz califican de inimaginable. De otra, una ciudad inmensa sepultada, que no conocemos más que a través de los mitos de la creación del Quinto Sol, el esqueleto de algunos monumentos gigantes, incomprensibles girones de estructuras; tres ruinas de edificios enteros, infinitas observaciones hechas durante las excavaciones y una masa de cerámica, de objetos y de frescos que resulta inagotable por poco que se quiera escucharlos.

Lo que sobresale de los escritos de Cortés y de Bernal Díaz, es la estupefacción que despierta en ellos tanto el número, el trazado y la amplitud de las avenidas, como la inmensidad de todo lo que ven: plazas, mercados, muchedumbres, cúes, palacios.

“Y desde que vimos... aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes y edificios que tenían dentro del agua, y todos de calicanto, y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían, si era entre sueños... Todo muy enalado y lucido de muchas maneras de piedras y pinturas en ellas que había hartos que ponderar...”¹

Y Torquemada resumiría después las impresiones de los testigos afirmando:

“...Tiene México las mejores casas y calles a una mano de cuanto se sabe que hay poblado en el mundo.”²

Esta estupefacción que deja entrever un átomo de la realidad incomparable que iban a destruir, marca también la diferencia esencial entre Tenochtitlán y las ciudades europeas. Resulta claro que, como los provincianos mesoamericanos, los españoles quedaron maravillados por la metrópoli, por una concentración urbana tal como no existía entonces en ninguna otra parte.

No reproduciremos las esotéricas medidas del XVI, para atenernos a la precisión del metro que nos ofrece el arquitecto Marquina. Gracias a su rigurosa reconstrucción,³ sabemos que la plaza rodeada de un muro que los conquistadores pudieron, un día, admirar desde lo alto del Teocalli principal, era varias veces mayor que el actual Zócalo.

Las mismas dimensiones colosales singularizan a Teotihuacán: sólo los edificios explorados hasta ahora, determinan una superficie de más de 80 kilómetros cuadrados.⁴

No conocemos hasta el momento actual más que una sola avenida —de cuarenta metros de ancho y de cinco kilómetros de extensión⁵— pero el carácter residencial de los barrios que la circundan permiten asegurar la existencia de otras grandes arterias.

En un punto que marca la mitad de esta avenida,⁶ se encuentra la Ciudadela, un cuadrilátero que, con sus 400 metros de lado iguala, por sí solo, al recinto sagrado de Tenochtitlán.⁷ El espacio hundido de una profundidad de seis metros, que está en el centro de la vasta plataforma, mide 235 metros.⁸ En cuanto a las dimensiones de las plazas que se abren al frente de las pirámides, pueden deducirse del simple hecho que uno de esos monumentos posee una base de 225 metros. Por otra parte, gracias a las exploraciones de estos últimos años, se puede ver ahora la inmensidad que se explaya al frente de la pirámide de la Luna, que es sin embargo más pequeña que la del Sol.

EL TEOCALLI O CASA DE DIOS

Además del denominador común de una grandeza y una urbanización que Europa no empezará a conocer hasta el siglo XIX,⁹ existen otras semejanzas entre la primera y la última ciudad náhuatl.

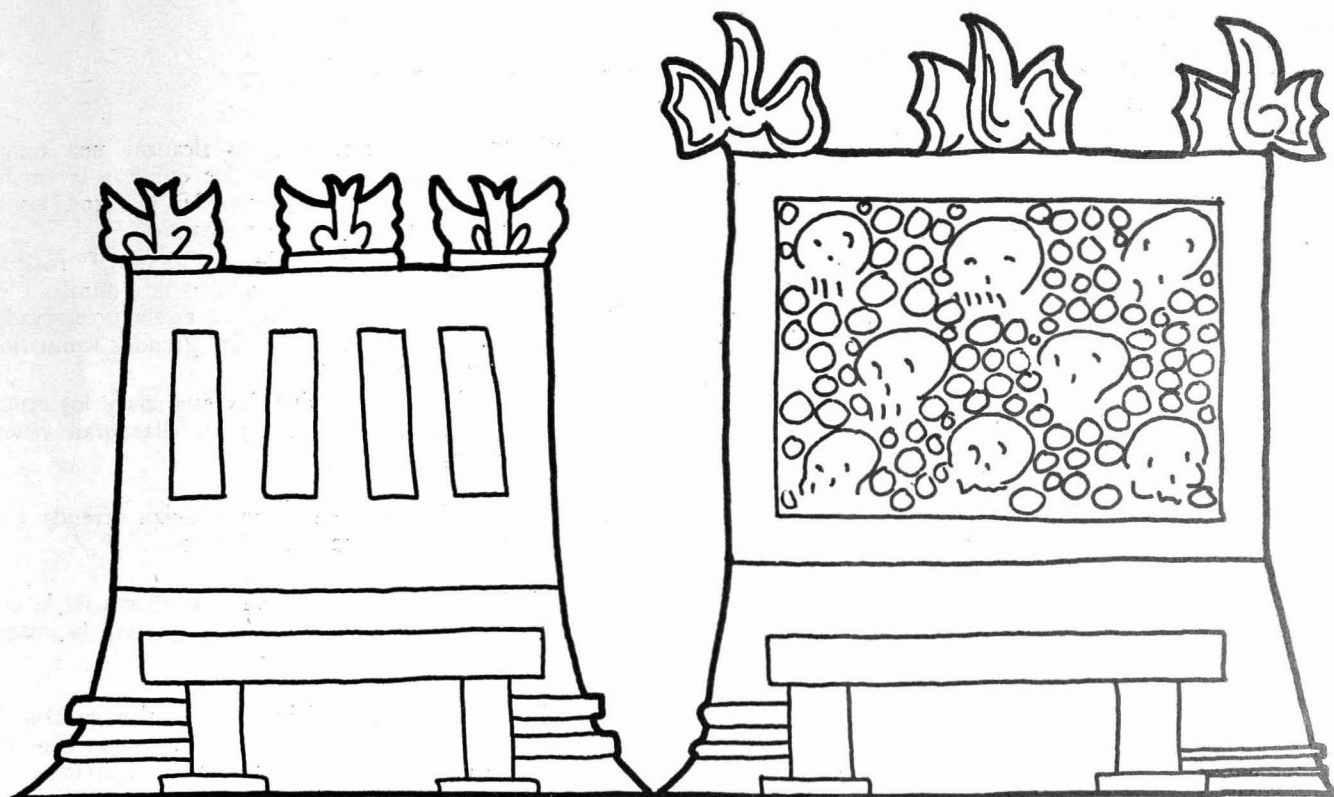
Al mismo tiempo que los amplios espacios, llama la atención de aquellos observadores privilegiados también la altura de los monumentos.

"...y veíamos en aquellas ciudades cúes y adoratorios a manera de torres y fortalezas... y en las calzadas otras torrecillas y adoratorios que eran como fortalezas..."¹⁰

ornamentos, sino por la obra humana que es la montaña que lo levanta. Como prueba, tenemos la riqueza decorativa de los templos que lo rodean así como la de los setenta y ocho que contenía el cerco sagrado de Tenochtitlán, todos muy ornamentados, pero puestos sobre basamentos formados por pequeños cuerpos.

Esta elevación que parece proporcionar la jerarquía al templo —jerarquía controlada, además, por medio de los diversos géneros de techumbres— está, en ciertos casos, reducida a la altura de unos cuantos escalones.

"...y hallamos dos casas hechas de cal y canto, bien labradas, y en cada casa unas gradas, por donde subían a unos como



Dibujo de Ixtlixóchitl

"La manera de los templos de esta tierra de Anáhuac, o nueva España, nunca fue vista ni oída, así de su grandeza y labor, como de todo lo demás; y la cosa que mucho sube en altura también requiere tener gran cimiento..."^{10A}

altares, y en aquellos altares tenían unos ídolos de malas figuras que eran sus dioses..."¹³

Y Sahagún informa que:

"...los señores tenían todos ellos sus oratorios en sus casas..."¹⁴

Sabemos que un *cúe* era un templo situado en la cima de una construcción piramidal. Ahora bien, no sólo Teotihuacán es la probable iniciadora de ese tipo de arquitectura, sino que sus *cúes* sobrepasan en mucho la elevación de los que fueron edificados más de mil años después: mientras la pirámide del Sol posee una base de 225 metros y una altura de 65, el gran teocalli de Tenochtitlán medía 100 metros en su base y 30 de alto.¹¹

Así, en las grandes ciudades que nos ocupan, el templo no era siempre el edificio encaramado sobre un alto basamento y aislado de las casas habitación —como en el periodo tolteca-chichimeca— sino que podía, también, a la manera de las capillas de los castillos y mansiones europeas, integrarse en construcciones civiles.

Torquemada precisa a este respecto que:

"En una sala de estas casas reales (que era de ciento y cincuenta pies de largo y cincuenta en ancho) tenía Moctezuma su capilla, o oratorio, todo chapado de planchas de oro y plata... En esta capilla o oratorio entraba Moctezuma a hacer sus idolatrías, oraciones y a cumplir sus votos..."¹⁵

Sin embargo, ya que, como lo dice el mismo Bernal Díaz, "ahora todo es: por el suelo, perdido, que no hay cosa..."¹⁶ no nos queda, para restituir a esa civilización un marco cultural un tanto viviente, más que el camino de la arqueología.

El primer edificio que hemos descubierto en Teotihuacán —el de Zacuala, al que numerosos elementos atribuyen el carácter de palacio— posee, en su patio central, un amplio espacio al que se accede por una escalinata.

Varios indicios nos hacen suponer que era éste el templo del lugar:

1º Es el único en poseer una escalera.

2º Su entrada está dirigida hacia el oeste, orientación que es una norma para los templos, como lo señalan incansablemente los informantes indígenas.

Por lo que se refiere a la cantidad de esos *cúes*, un sencillo vistazo a una foto aérea de Teotihuacán, o a la reconstrucción de su centro ceremonial efectuada por el arquitecto Marquina,¹² basta para demostrar que, en este campo también, la capital azteca era mucho más modesta que su modelo lejano.

Si es relativamente fácil, con la ayuda de los libros pintados y de las ruinas de Teotihuacán, identificar las *torrecillas* con los basamentos piramidales de menor altura, no ocurre lo mismo con los nombrados *adoratorios* y, menos aún, con los diversos tipos de lugares de culto que describen los cronistas.

Como es ése el punto que nos interesa esclarecer en este trabajo, vamos a intentar abordar el problema con más precisión.

Los textos y las pinturas muestran que los templos consistían en una construcción relativamente exigua puesta sobre un basamento cuya altura parece, más que otra componente, determinar su importancia.

En efecto, lo que señala al Templo Mayor no es ni su dimensión, ni su fastuosidad —dimensión y fastuosidad que comparte con otros— sino la elevación de su base. Por otra parte, es evidente que, por deslumbrante que haya sido el templo de la pirámide del Sol, su rango no le era conferido por los

3º El basamento —único en todo el edificio— que se levanta sobre el piso del patio tiene la misma forma (talud coronado por tablero) que los basamentos de los templos del área ceremonial.

4º Como éstos, está igualmente rodeado por espacios abiertos y su fachada posterior da a un callejón que permite a su muro este estar sostenido por contrafuertes. Veremos este dato erigirse en ley, pues los muros de los templos que se encuentran en el interior de los edificios, están invariablemente liberados por un espacio que los separa de los demás cuartos.

EL MONASTERIO

El descubrimiento de una segunda estructura muy cercana a Zacuala, nos planteó nuevos problemas: en lugar de la armoniosa distribución alrededor de un patio central, de cuartos espaciosos y pintados al fresco del primero, Yayahuala se resume —a pesar de una dimensión idéntica de 60 metros por cada lado— en un patio encerrado por tres construcciones que no pueden ser más que templos: basamento en talud y tablero con escalera al centro; todos los muros exteriores rodeados de pasillos abiertos.

Además de ese núcleo ceremonial —núcleo de un sorprendente equilibrio dinámico entre volúmenes y vacíos— todo el edificio se extiende detrás del patio y se compone de conjuntos bastante pobres tanto por su sobria exiguidad como por la ausencia de inspiración arquitectónica: cuartitos como celdas, abiertos sobre patios minúsculos y distribuidos según un orden que parece puramente utilitario, sin la más mínima preocupación estética.

Estas singularidades ponen de relieve que no se trata de una residencia señorial como Zacuala, sino de un lugar que no existía más que en función de los templos.

Para intentar descubrir su finalidad, no son ya las rápidas observaciones directas de los conquistadores las que tendremos que consultar, sino los resultados de las dilatadas, pacientes y minuciosas investigaciones de los que lo siguieron. Y como siempre, Sahagún es el más rico en enseñanzas.

Ya que el edificio de Yayahuala descarta la posibilidad de ser una casa habitación, debemos buscar a qué otros fines podía ser destinado. Aunque sabemos muy poco sobre los establecimientos civiles —ya que la mayoría de las actividades sociales se realizaban en los palacios— parece claro que una construcción compuesta por celdas y templos no podía servir más que para fines religiosos.

Entre los edificios destinados al culto, los monasterios tenían un lugar preponderante. No sólo eran los únicos sitios donde se educaba a la juventud, sino que constituían además, centros donde, por razones múltiples, toda persona hacía de vez en cuando una estadía que oscilaba entre una semana y un año.

Existían dos clases de monasterios: “el monasterio que llaman *Telpochcalli*”,¹⁷ y el *Calmécac*,

“...que era donde moraban los sátrapas de los ídolos y donde se criaban los muchachos... era como monasterio...”¹⁸

En el primero:

“...la casa de la penitencia y del lloro que se llama *Telpochcalli*...”¹⁹

los muchachos pasaban su tiempo “orando, haciendo penitencia... para que sean principales y regir la gente baja...”^{19A}

El *Telpochcalli* (literalmente “casa de los mozos”), se distingue esencialmente del *Calmécac* por el hecho de que, a cierta edad, los internos podían pasar la noche con mujeres. A pesar de que las actividades y los métodos educativos de los dos establecimientos parecen casi idénticos, esta fórmula marcaba al *Telpochcalli* con un carácter profano ya que el sacerdote, destinado a la castidad, no podía formarse en su seno.

Por otra parte, así como el *Calmécac* no desdenaba la enseñanza de artes y oficios,²⁰ el *Telpochcalli*, se dedicaba también a la educación espiritual. De él salían los cantores que desempeñaban un papel fundamental en los actos religiosos, y sabemos que la manera más difusa en las sociedades precolombinas de transmitir el saber antiguo era en forma oral, precisamente por medio de los cantos.

Si se piensa en el número de establecimientos educativos que debió necesitar una metrópoli de la categoría de Teotihuacán, nos podría satisfacer identificar Yayahuala con un *Calmécac*. Y eso tanto más que el edificio presenta la particu-

laridad arquitectónica —particularidad ausente en Zacuala— de los estrechos y largos corredores que implican el término *Calmécac*:

“*Calmeca Tlatolli*: palabras dichas en corredores largos... (*Tlatolli*: palabra, plática o habla). *Calmelactli*: “sala grande y prolongada, o corredor de la casa...”²¹

Sin embargo, cierto rasgo impide detenerse en esta primera conclusión: la neta preponderancia en espacio y en calidad estructural del área de los templos sobre el resto de la construcción, pues, por importante que haya sido el papel del lugar del culto en un *Calmécac*, es importante que su superficie haya podido ser tan desproporcionada en relación a la de los cuartos.

LA PARROQUIA DEL BARRIO

Al reflexionar sobre los medios de alcanzar una comprensión más adecuada, descubrimos en las crónicas la existencia de templos que eran centros ceremoniales públicos, los nombrados “*Calpulco*, o parroquia de su barrio.”²²

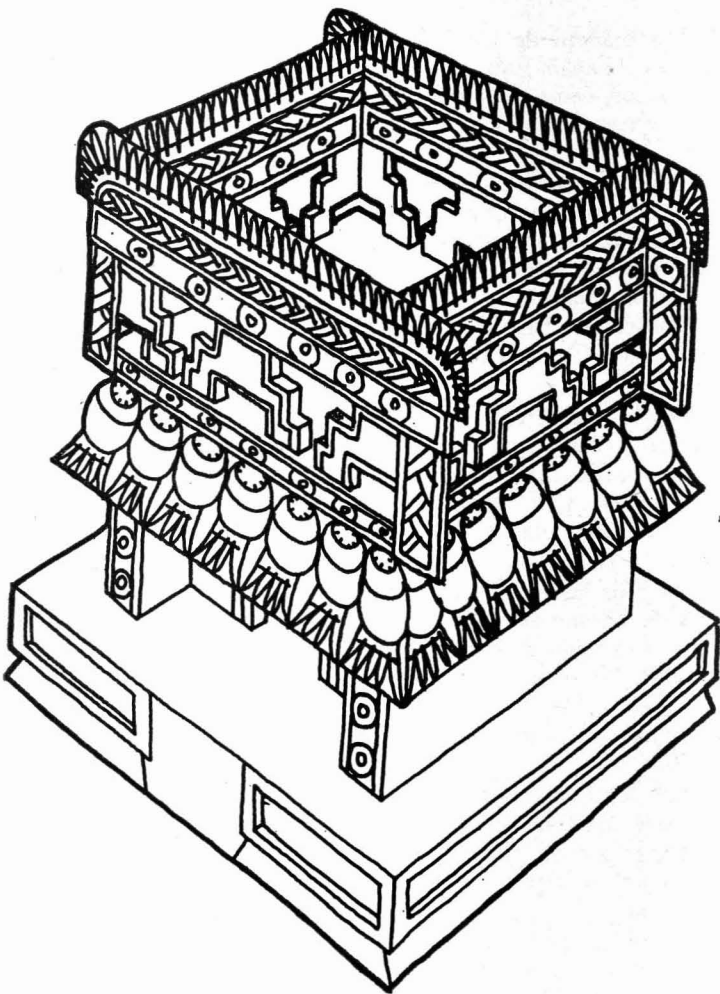
Del análisis de las actividades de los *Calpulco*,²³ resalta que éstos parecen haber tenido por finalidad descentralizar el ritual: una multitud de ceremonias les estaban reservadas, y muchas de las que tenían lugar en los grandes santuarios, se preparaban en su seno.

En los *Calpulli*,²⁴ se guardaban las estatuas y los ornamentos que servían en las procesiones; en ellas eran veneradas ciertas divinidades,

“...los que tenían trato en la agua hacían ofrenda y sacrificios a honra de esta diosa en *Calpulco*...”²⁵

En donde los muchachos ofrecían el producto de la caza,²⁶ y los peregrinos reverenciaban el báculo que era la imagen de su dios:

“Para hacer esta honra al báculo, se ponían en una de las casas de oración que tenían en los barrios que ellos llaman *Calpulli*, que quiere decir iglesia del Barrio o parroquia...”²⁷



“impulso surgido de una fuente común”

Por otra parte,

"...llevaban la estatua así compuesta al Calpulco, o sea la iglesia de aquel barrio... y a la media noche llevaban la estatua al patio del Cu..."²⁸

y "...ensangrentaban puntas de maguey en el Calpulco y de allí las llevaban al Cu..."²⁹

Es inútil multiplicar la lista de las actividades de esas "iglesias", ya que sólo el hecho de su existencia es lo que nos interesa. Lo que necesitaríamos conocer ahora es la estructura de esos centros periféricos. Cuál era su forma. ¿Tratábase de construcciones aisladas o de templos integrados a conjuntos de habitación?

Los elementos de estudio de que disponemos son escasos. Sabemos, 1º, que la iglesia podía ser comparada a una casa, es decir que su arquitectura no debía diferenciarse mucho de las viviendas:

"...ofrecían muchas cosas en las casas que se llaman Calpulli..."³⁰

2º, que esas casas podían agruparse alrededor de un patio:

"Calpulli... casas pequeñas de que está cercado el patio de dentro..."³¹

La expresión "patio de dentro" permite además suponer la existencia de estructuras complementarias de ese núcleo.

3º, la referencia a muchachos que parecen haber vivido en el Calpulco.

"...y si los mozos del Calpulco vencían a los del Calmeca..."³²

Esta referencia hace pensar en la posibilidad que, a la manera de nuestras iglesias, esos templos hayan contado con locales donde vivía el personal de servicio, incluyendo al sacerdote.

Estas particularidades se aplican todas a Yayahuala, comenzando por el hecho de que el patio de los templos se abre directamente a la calle, mientras que en las demás construcciones se alcanza por pasillos a menudo laberínticos.

La situación de Yayahuala como Calpulco parece estar confirmada por un tercer edificio, el de Tetitla, que exploramos en tercer término y que responde con exactitud a las definiciones del Calmécac.

Sin entrar en descripciones que serán motivo de otro trabajo, limitémonos a señalar que, además de los largos y estrechos corredores, más numerosos que en Yayahuala, que determinan el vocablo Calmécac, Tetitla presenta unos rasgos que excluyen a la vez el palacio y la iglesia.

A pesar de tener la misma dimensión que los otros dos edificios descubiertos —los 70 metros de cada lado que se revelan así como una verdadera unidad de medida— está compuesto de varios conjuntos de habitaciones y de un número excepcional de templos.

La distribución de los espacios, los frescos que cubren los muros, así como el simbolismo de los motivos, hacen de la mayoría de esos conjuntos, separados los unos de los otros por pasillos conventuales, un lugar destinado al estudio y a la meditación.

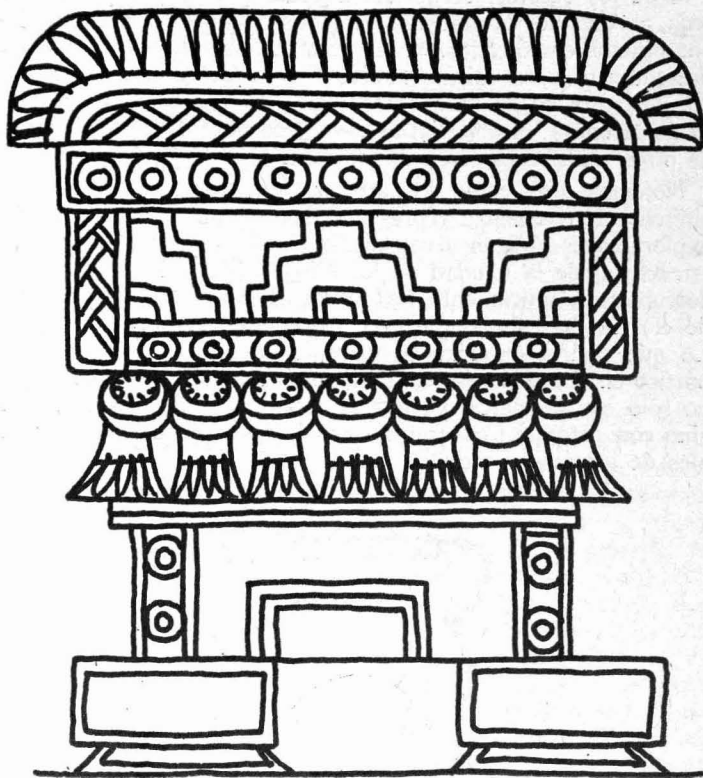
Es de notar que, además de sus templos interiores, todos de un acceso difícil desde cualquier entrada, Tetitla posee en su lado oeste un patio encerrado por tres templos, que da a la calle, como el de Yayahuala. Lo que podría significar que, como los monasterios occidentales, el Calmécac también podía contener una iglesia destinada al servicio público.

Esta hipótesis cobra fuerza por el hecho de que la única representación existente en ese patio oeste, es la de una divinidad femenina, única imagen mural de diosa conocida hasta hoy en Teotihuacán. Ahora bien, hemos visto que Sahagún dice que "...los que tenían trato con el agua hacían ofrenda a honra de esta diosa en el Calpulco".¹

EL TEMPLO

Dejaremos el examen de estas sugerencias para un ensayo ulterior, para cerciorarnos de si es posible establecer sobre base seria la estructura del templo mismo.

Careciendo del más mínimo vestigio material, los de Tenochtitlán no nos son conocidos más que por dibujos que los representan desde el exterior, y fuera de la capital sólo cuatro santuarios guardan las trazas de lo que fue la planta de un templo azteca: Malinalco, Tepoztlán, Teopanzolco, Tenayuca.³³



Pintura mural (Tetitla, n. 2)

De una forma que varía entre el rectángulo, el cuadrado o el círculo adherido al rectángulo, esas plantas presentan todas un modelo arquitectónico común: una cámara interior separada por un vestíbulo de la plataforma en la que desemboca la escalera de acceso.

La misma distribución ofrecen los templos teotihuacanos, y es de notar que los que son susceptibles de ser confrontados con los aztecas, no son los templos de las pirámides, desaparecidos ya, sino los que se encuentran integrados a los edificios. De aquí surge la probabilidad de que la planta de ese tipo de construcción no haya sufrido cambio desde la Ciudad de los Dioses, fundada antes de Cristo, hasta la metrópoli del XVI.

Esta misma observación es válida en cuanto a la estructura exterior, ya que el Teocalli azteca reposaba sobre un basamento en talud y tablero como el teotihuacano. La única diferencia consistía en el hecho de que, en Tenochtitlán, parece poseer invariablemente una puerta central franqueada por muros, mientras que en Teotihuacán, además de las de este mismo tipo —como en Yayahuala— presenta amplias entradas provistas de pilares.

Sin embargo, el hecho que la columnata fuera muy empleada por los aztecas (los Códices muestran los cuartos de los palacios precedidos por pórticos como en Teotihuacán y los cronistas relatan que los mercados estaban rodeados de portales) nos permite pensar que la ausencia de las columnas en las representaciones de los templos no sea debida más que a la escasez de material disponible, a menos que no responda a una omisión voluntaria, ya que el pintor se ha empeñado visiblemente en copiar lo esencial de la fachada, suprimiendo lo que podía haber estorbado su visibilidad.

Queda ahora por ver si ese paralelismo se prolonga en la forma de las techumbres, tarea espinosa entre todas, puesto que ese elemento arquitectónico no ha dejado, en la altiplanicie mexicana, el más mínimo vestigio. En efecto, fuera de algunos restos de "plafond" que permitieron en Teotihuacán recubrir ciertos locales, la parte superior externa del templo no puede ser reconstruida más que a través de las pinturas y las maquetas prehispánicas existentes.

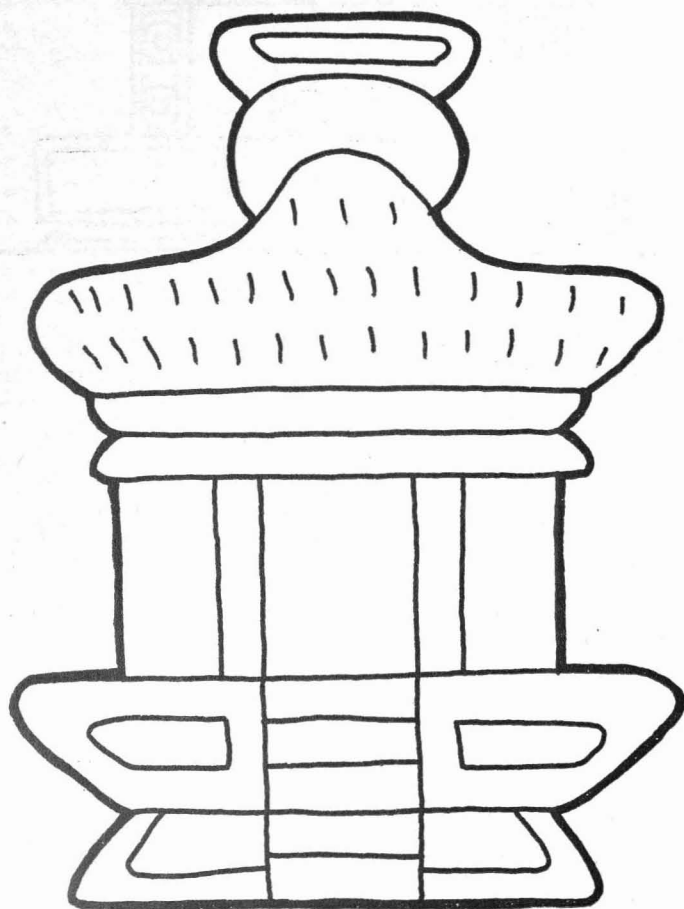
Según ese material, el techo azteca aparece excepcionalmente elevado (su altura es a menudo el doble que la de los cuartos), adornado con aplicaciones diversas y coronado por motivos empujados, motivos que, en las pinturas, parecen continuar la fachada y que la maqueta muestra en su centro. En todos los casos, su forma es trapezoidal.

Desprovisto hasta la fecha de maquetas, Teotihuacán nos libra el secreto de sus techumbres por medio de representaciones pintadas —sólo Tetitla nos ha revelado tres de ellas— o esculpidas en bajorrelieve sobre la cerámica.

A pesar de la estilización de ese tipo de imágenes, de inmediato se reconocen los principales componentes del Teocalli azteca: forma trapezoidal de una altura semejante o superior

a la de los cuartos, recubierta a veces por lo que parece ser paja, a veces por ornamentos pintados o aplicados, y coronados por objetos empotrados. Si en nuestra ilustración esos objetos presentan todos el mismo motivo — una greca escalonada con una abertura en su base (rasgo que nos fue revelado por las exploraciones), el material arqueológico nos ofrece testimonios de otros numerosos tipos de almenas.

Notemos que, como los aztecas, los artistas teotihuacanos omiten con frecuencia representar las columnas. Dado que las exploraciones obligan a considerar el pórtico como una norma estructural de la Ciudad de los Dioses (de todos los templos descubiertos, únicamente los de Yahualá están desprovistos de él), no hay duda que esta omisión no es debida al azar. Lo que podría explicar la aparente anomalía de la falta de pórtico en el templo azteca, falta que, además, está en conflicto, no sólo con la lógica, ya que la columna es de uso corriente, sino con datos tan concretos como lo son las huellas aún visibles de los únicos templos aztecas conocidos.



Pintura mural (Tepantitla)

Después de haber comprobado el estrecho parentesco que une los templos de las dos metrópolis, intentemos descubrir ahora lo que los diferencia.

Lo más evidente es que, en lugar de detenerse en las almenas, como en Tenochtitlán, el techo teotihuacano continúa elevándose por medio de una trabe puesta en su cumbre y de una especie de marco que encierra las almenas.

Por falta de representaciones dotadas de volumen, la parte superior del techo teotihuacano no puede ser más que deducida. Ahora bien, si como las descripciones y las maquetas aztecas, las pinturas de la Ciudad de los Dioses revelan una parte superior plana, a manera de azotea, no es tan sencillo determinar el probable emplazamiento de las almenas así como del marco. La maqueta de Teotihuacán levaría a hacer creer que, como los mayas, los techos de la altiplanicie mexicana sostenían sus enormes adornos en el centro.

La amplitud de los cuartos teotihuacanos descarta esta hipótesis, ya que, por elevado que sea, un elemento arquitectónico puesto en la mitad de tal espacio, sería casi invisible desde cualquier punto, bien sea en el interior de un edificio, bien desde las plazas de las pirámides. Dada la sorpresa que esos adornos provocan en los cronistas, es improbable que hayan permanecido ocultos a los ojos de los fieles. Y esto tanto más que los españoles atestiguan haberlos visto:

“En los patios... había otros templos menores... unos más altos que otros, y remataban muy curiosamente y con la

variedad de sus remates hermoseaban el montón del edificio...³⁴

Pero hasta admitiendo que pudieran ser percibidos desde el centro de un vasto espacio, es patente que esos brillantes adornos no podían constituir una elevación aislada. De lo que se deduce que lo más lógico por el momento es suponer un alto techo trapezoidal, rodeado por una cornisa —la trabe que remata la fachada— cornisa en la que empotran las almenas y que sostiene el marco.

A juzgar por el fresco de Tetitla y por los decires de los españoles, este marco, que probablemente formaba parte de la construcción, debía constituir el andamio sobre el que se aplicaban los adornos, ya que,

“...lo primero que se ordenaba para esta fiesta era enramar los templos... Enramarlos y adornarlos con flores... y es tanto de ver el adorno que hacen a los templos, e Iglesias, que obliga a más admiración ver una Iglesia de los Indios, el día de fiesta particular que la enraman, que todos los templos e Iglesias de Españoles, no sólo de las Indias, pero de España...”³⁵

Teniendo en cuenta que las costumbres que se imponen a la admiración del gran historiador que fue Torquemada datan del periodo más negro de la colonización —poco menos de cien años después de la Conquista— es fácil imaginar lo que debía ser la arquitectura precolombina en sus gloriosos comienzos.

—México, 20 de enero de 1965

¹ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Espasa-Calpe Mexicana, S. A., México 1950. Tomo I, p. 330.

² Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, Editorial Salvador Chávez Hoyhoe, México, 1943. Tomo I, p. 451.

³ Ignacio Marquina, *El Templo Mayor de México*, INAH, México, 1960, Lámina 2.

⁴ René Millon, *Teotihuacán mapping project*, American Antiquity, Enero de 1964.

⁵ Idem.

⁶ Idem.

⁷ Ignacio Marquina, *El templo mayor de Tenochtitlán*, INAH, México 1960, Lámina 2.

⁸ Para apreciar estas proporciones, no olvidemos que una de las más grandes plazas de Europa —la de San Pedro de Roma— mide doscientos metros en su eje mayor, sin la columnata. (Fletcher Banister, *A history of architecture on the comparative method*, The Athlone Press, 1961, p. 721.

⁹ Un Atlas Universal, impreso en 1899 (Garnier Hermanos, París), proporciona los planos a escala de Madrid y de París. La primera tiene una superficie de veinte kilómetros cuadrados, la segunda de ochenta.

¹⁰ Bernal Díaz del Castillo, obra citada, Tomo I, p. 355.

^{10A} Fr. Toribio de Benavente o Motolinía, *Historia de los Indios de la Nueva España*, Barcelona 1914, p. 61.

¹¹ Ignacio Marquina, obra citada, p. 44.

¹² Ignacio Marquina, *Arquitectura Prehispánica*, INAH, México 1951.

¹³ Bernal Díaz del Castillo, obra citada, Tomo I, p. 22.

¹⁴ Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Editorial Nueva España, México 1946, Tomo I, p. 126.

¹⁵ Torquemada, obra citada, Tomo I, p. 296.

¹⁶ Bernal Díaz, obra citada, Tomo I, p. 331.

¹⁷ Sahagún, obra citada, Tomo I, p. 635.

¹⁸ Sahagún, obra citada, Tomo I, p. 126.

¹⁹ y ^{19A} Sahagún, Obra citada, Tomo I, p. 320.

²⁰ “...entonces (los amantecas) ofrecían sus hijos a estos dioses y prometían de meter al Calmécac a los hombres para que aprendieran el oficio de tultecáyotl...” Sahagún, obra citada, Tomo II, p. 167.

²¹ Fray Alonso de Molina, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*, México, 1571. (Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1944, pp. 11 y 141.

²² Sahagún, obra citada, Tomo I, p. 275.

²³ De Calpulli: casa o sala grande, o barrio. Alonso de Molina, p. 11.

²⁴ Sahagún, obra citada, t. I, p. 227.

²⁵ Sahagún, obra citada, t. I, p. 384.

²⁶ Sahagún, obra citada, t. I, p. 230.

²⁷ Sahagún, obra citada, t. I, p. 55.

²⁸ Sahagún, obra citada, t. I, p. 370.

²⁹ Sahagún, obra citada, t. I, p. 261.

³⁰ Sahagún, obra citada, t. I, p. 257.

³¹ Sahagún, obra citada, t. I, p. 258.

³² Sahagún, obra citada, t. I, p. 222.

³³ Ignacio Marquina, *Arquitectura prehispánica*, obra citada, pp. 206, 217, 221, 169.

³⁴ Torquemada, obra citada, t. II, p. 140.

³⁵ Torquemada, obra citada, t. II, pp. 168 y 278.